

## DISCURSO

pronunciado por el Lic. Alfonso Teja Zabre en el  
Anfiteatro de la Escuela N. Preparatoria

Uno de los momentos más interesantes en la vida del Museo Nacional, se fijará probablemente alrededor del año histórico de 1910, cuando el antiguo almacén de curiosidades concedió independencia a la Historia Natural y creó departamentos de investigación y de estudio. Tanto como la adquisición de opulentas colecciones y la transformación del bazar legendario en verdadero Museo de Historia, Arqueología y Etnografía, debe recordarse la instalación de cátedras y academias, porque así pudo estimularse en toda una generación el cariño para la alta Historia de México, perfeccionando una personalidad moral y científica, y engendrando un sentimiento que con los años se condensa en gratitud y añoranza, como sucede con todos los institutos de maternidad espiritual. Por eso puede tener el Museo en la hora solemne de su primer centenario, algo más que la ceremonia de una consagración oficial y los que se honran con el nombre de alumnos, los que reconocen deudas de gratitud y lazos de afinidad, los amigos y los amantes de esa noble casa de cultura, se empeñan en levantar la música de los coros y poner entre el ritmo de las palabras un latido cordial, como recuerdo de juventud que nubla dulcemente el ánimo y los ojos "en la mitad del camino de la vida".

Cuando se puede hablar así de una institución de cultura, como algo personalizado y humanizado, no puede contenerse el deseo de ligar el sentimiento de afinidad para la escuela con la veneración para el maestro. Y así como la Preparatoria, a pesar de su constante renovación, conserva el nombre de don Gabino Barrera, y la Universidad inseparable y gloriosamente inválida, mantiene vivo el nombre de don Justo Sierra, el Museo deberá guardar devotamente el nombre de don Genaro García. No pretendo rebelarme contra una ley primordial de la historia concediendo el primer sitio a uno de los últimos en tiempo; no desconozco el mérito de los hombres de ciencia y de trabajo que han venido formando y engrandeciendo el Museo, entre los cuales se encuentran sabios como Orozco y Berra, don José Fernando Ramírez, Paso y Troncoso y el doctor Urbina; pero como no intenté una reseña, sino una

evocación, pido permiso para ofrecer mi homenaje al creador del Museo Nacional en su carácter de institución moderna, científica y educadora. No es sólo mi agradecimiento el que habla, ni me impulsa la pura simpatía: después de don Joaquín García Icazbalceta, y lo mismo que a don Justo Sierra, don Francisco Bulnes y don Luis González Obregón, corresponde a don Genaro García la honra de haber engrandecido inmensamente los horizontes de la Historia de México.

No fue don Genaro poeta y orador como don Justo, ni manejó la crítica con furia como Bulnes, ni tuvo la curiosidad paciente y exquisita del narrador, como don Luis González Obregón. Fue un constructor, un minero, un explorador, y buscó lo que más necesita nuestra historiografía: material de primera mano, orden y claridad. En estos tiempos se ha impuesto la superioridad del historiador que usa la narración como argumento de doctrina social o programa político, como antes se usaba para tesis de teología, se recomiendan los libros de historia con fallos laudatorios o denigrantes, se prefieren las obras de exégesis y de síntesis y se aplaude la exaltación apasionada. Pero ni los críticos, ni los oradores, ni los estadistas, ni los poetas o los novelistas de la historia podrían aprovecharla sin la obra previa, oscura, lenta y heroica de los exploradores. Para que Guillermo Ferrero explique la grandeza y la decadencia de Roma, se necesita contar con la tarea de los analistas. Por eso junto a la poderosa diatriba del Carácter de la Conquista y los mármoles sueltos de Leona Vicario y Palafox, debe admirarse la obra del compilador de documentos y reorganizador del Museo Nacional. Los líricos y adoradores de la belleza enigmática del pasado, los que buscan pragmatismos para la vida política o antecedentes de problemas económicos, los que persiguen la verdad desnuda para decorarla con el velo de la fantasía, deben respetar a los artífices austeros que tuvieron constancia, fuerza y generosidad para mover y alinear inmensos bloques, desentrañando trozos de montaña y ofreciéndolos a la mano ligera del cincelador.

Relacionar el estudio de la historia con las reliquias y los documentos, no es únicamente una reforma exterior. Tal vez muchos de nosotros nunca hubiéramos sentido tan intensamente la atracción de la vida pretérita nacional, sin el estímulo de los jeroglíficos misteriosos, trazados sobre la diorita de un monumento, los retratos de Conquistadores y libertadores, y los mil recuerdos materializados del Museo. Allí hemos sentido como en ninguna otra parte, la impresión humana que produce la figura de Cuauhtémoc, no sólo como entidad simbólica, sino indio de carne y hueso, que inclina la cabeza para recibir en el bautismo, por suprema irrisión, el nombre de Fernando Cortés. Y allí admiramos al propio superhombre de España en América, que preside la galería de los Virreyes, con el Emperador Carlos V y el gran Rey Felipe subordinados a su diestra, con muy distinto ambiente del que tiene la misma figura en el locutorio del Hospital de Jesús, donde parece el rostro imperativo suavizado por el reflejo de las tocas monjiles. Allí hemos visto aparecer, por la mágica virtud de una firma autógrafa, de una medalla o un viejo grabado, a Fray Junípero Serra, cuando salía de su misión

de Loreto, arrastrando una pierna ulcerada, como un santo mendigo de epopeya franciscana, para fundar las Misiones de la Alta California, y realizar una de las empresas más fecundas de la civilización moderna, al ganar para el mundo grecolatino los imperios de Cibola y Quivira, sembrando campanarios que todavía hoy parecen repetir sonoramente en el aire del fabuloso Eldorado los nombres arcangélicos y españoles de San Gabriel, San Rafael, Sacramento y Santa María de los Angeles. Allí hemos pasado junto al confesonario de Hidalgo y adivinado en la penumbra la silueta del viejo pastor de almas, que dejaba murmurar junto a su oído los rumores de la beatería provinciana, mientras presentía a lo lejos la voz tonante de una tempestad rubricada con relámpagos de muerte y agitada hasta el desgarramiento con la fuerza cósmica de una explosión popular. Y saltando siglos, como si nos arrebatara la máquina de explorar el tiempo, podemos acumular con la imaginación y con la vista los uniformes de Morelos y el cuadro ecuestre de don Porfirio Díaz, reviviendo un momento histórico, cuando el marqués de Polavieja, Embajador de España, entregó al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos las reliquias del héroe. Todavía parece resonar sordamente la voz temblorosa, infantil y senil al mismo tiempo, próxima a romperse en ocasiones y a veces con veladas y huecas anticipaciones de tumba, recitando las palabras dignas de recogerse como la acción de gracias del anciano Dictador cuando el Destino le otorgaba sus últimos favores. No hubiera hablado mejor un Teodoro Roosevelt frente a las reliquias de Washington. . . . "Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable, en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que sintió palpar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu. . . ." ¡Era verdad! Nunca tuvo mejor fortuna el viejo soldado, ni cuando tomó parte en la jornada del 5 de Mayo, galopando al frente de sus guerrilleros de Oaxaca, mientras el sol de Austerlitz brillaba a la inversa; ni cuando apuró largamente en copas doradas el licor de treinta años de vendimia imperial; ni cuando entró purificado por la muerte y entró en una sala del Museo, con su apostura y gesto cesáreo al pobre archiduque de Austria. . . . Ningún otro instante podía ser más glorioso, porque sólo una vez pudo el más afortunado honrar al más alto de los caudillos mexicanos, juntando los nombres de México y España, teniendo como testigo al mundo entero y bajo el palio rojo, azul, blanco, maravillado y celeste de una mañana solar en el valle de los volcanes.

Gracias al tiempo que es padre de milagros, y a la historia, que tiene generosidad de madre, es posible pasar de Cuauthémoc a Cortés y de Maximiliano a Juárez, a Porfirio Díaz y a Madero, sin exaltarse ni lanzar imprecaciones. El pasado y la muerte están por encima de las querellas humanas. Un historiador moderno hace con igual probidad la biografía de Dantón y la de Fouché. Juzga el moralista, decora el imaginativo, argumenta con ejemplos el hombre de acción, califica el maestro; pero la historia llega hasta desconcertar con su acerada templanza. El arte es menos severo, porque a veces es dable para ocultar con oro el prognatismo del Archiduque y se conmueve

para conmover cuando embellece a la blanca flor de Hapsburgo, extraviada entre los cactus erizados de un país donde los fusiles se guardan entre los surcos, mientras que sólo tiene arcilla para reproducir los rasgos de Juárez, que perpetúa su cara inmutable, como si todavía estuviera negando el indulto al regio'sentenciado de Querétaro.

La historia más pura es la de los anales y las inscripciones, los documentos y las biblias arqueológicas, la edición facsímil de Bernal Díaz y la ciudad encantada de Uxmal; la que se eleva para contemplar a los hombres más allá de la altura napoleónica de los cuarenta siglos en las pirámides o profundiza hasta la síntesis grabada por el francés y latinísimo Anatole France con punta de ironía, en la faceta de un diamante: "... La historia de los hombres es esta: "Nacieron, vivieron y murieron." Pero sin reducirnos ni remontarnos tanto, aceptando las normas como todo lo humano y contingente, o manera de tendencia directiva, podemos acoger al más amplio concepto de la historia como arte, para sobrepasar a los ultraístas, y en vez de pedir la destrucción de los Museos, detestados como el trémulo claro de luna, reclamar el agradecimiento de nuestro Museo Nacional, dejando sólo el antiguo almacén como asilo transitorio, y esperando que otras generaciones menos pobres y más artistas hagan en Chapultepec el relicario de la raza. En vez de remover la pátina de los bronce's antiguos y arrasar las fortalezas del arte clásico, debemos limpiar la herrumbre de los espíritus y las declamaciones del filisteo que se disfraza de estridentista. Hay que ser ultraístas por el afán auténtico de superación y futuristas por el ansia de porvenir, no por la etiqueta y el grito. Aprendamos a ver las cosas con ojos nuevos, como nos enseñan a ver nuestro Museo los peregrinos que llegan de todas partes del país, y dejan su hatillo en la puerta para desfilar atentos por las galerías, para deslumbrarse y soñar frente a la Piedra del Calendario, como si adivinaran el movimiento de los soles, los diluvios, los éxodos y los terremotos. Aprendamos a conocernos como los que saben descubrir el rostro de un México personal, diverso y colorido, o los que se detienen frente a cierta vitrina que guarda unas banderas estrelladas, pensando que si fue canje leonino el que nos dejó unos estandartes en vez de cuatro provincias como cuatro imperios, conservamos como perpetuos prisioneros de guerra los jirones del cielo hiperbóreo con las estrellas heráldicas de la nación más poderosa del mundo, y los guardamos con pleno derecho, porque fueron pagadas con carne y sangre y vida de nuestro propio corazón.

Y todavía tiene el Museo algo mejor, que compensa las frecuentes y duras recordaciones de muerte, de violencia y de pasado, cuando abre sus puertas al presente y al porvenir en los departamentos de etnología y arte regional. El arte decorativo y las humildes industrias de los mexicanos, juzgados muchas veces como datos sin alma y curiosidades para viajeros, pueden y deben ser anuncio de integración nacional y racial. No son todavía un arte y una industria comparables con los productos de la cultura grecolatina y maquinismo anglosajón. Son ahora indicio, promesa, palpitación embrionaria y a veces gritos de grotesca puerilidad, pero esas construcciones y mue-

bles coloniales, esa cerámica, esos tejidos y ese estilo decorativo, son la prueba de una combinación molecular y profunda de las más grandes culturas humanas en esta región de altiplanicies, abierta por los cuatro rumbos. En ese arte apenas explorado, se descubren huellas del Oriente maravilloso, el mundo asiático amigo de nuestros antepasados desde el remoto crepúsculo de la prehistoria. Vino el español y grabó con su diestra de hierro el sello del arte europeo, cristiano, mediterráneo y próximo al mar de Jonia color de violeta. Los vientos del Sur, tropicales y saturados de fiebre y languidez aromática, han formado un ambiente de invernadero salvaje. Y del Norte nos llega, con una racha de refrigeración, lo que más nos importa aprender entre las enseñanzas de la vida moderna: el trabajo bien organizado y la destreza del racional que vence voluntariamente a las potestades brutas de la tierra.

Ni en la acción social, ni en el arte vestido a la europea, ni en la industria superior, hemos podido equilibrar la rosa de los vientos. Lo hará tal vez mejor la tendencia del arte regional, que es de síntesis y no de imitación, y simboliza la posible grandeza mexicana. ¡Bendígamos anticipadamente la hora en que las industrias inunden el antiguo Museo y busquen su independencia! Que no quede entonces, en el relicario más bello de América, sino el recuerdo petrificado de las primeras tribus, que la Piedra de los Sacrificios no acuse ya más una reacción de sangre, que la Cruz del Palenque abra sus brazos con auténtica intención de cristianismo purificado, y al descifrar la cronología del Calendario monumental, pueda seguirse el turno de los soles, las lluvias, las siembras, las cosechas y las vendimias, despreciando los signos nefastos de la guerra cainita, mil veces peor que las oleadas fangosas de inundación y el crujido satánico de montañas humeantes. Entonces, al mismo tiempo que la patria, alcanzará el Museo, varias veces centenario, la cima de la perfecta serenidad.

